

Y llegó un día en que Oscar Lapisotte sentóse ante las cuartillas en blanco, llena de fuego la cabeza y febriles las manos, como un gran poeta que se siente dispuesto á dar á luz una gran cosa; y de un tirón escribió la historia de su crimen.

Narraba los míseros comienzos de Oscar Lapissotte, su vida de bohemia, sus múltiples fracasos, su patente medianía, sus terribles rencores, las ideas de suicidio y de crimen que danzaban dentro de su cerebro, las sublevaciones de un corazón engañado por lo quimérico y que busca su venganza en lo real, toda una novela psicológica penetrante, la anatomía de su alma. Luego, con sobrios rasgos de una espantosa claridad, describía la escena de la *Pitié*, la escena de la calle de San Dionisio, la muerte del falso culpable, el triunfo del verdadero asesino. Entonces, con una curiosa y diabólica sutileza de detalles, anali-

zaba las causas que habían decidido al autor á publicar su delito, y acababa por hacer la apoteosis de Oscar Lapisotte, que ponía su verdadera firma al pie de aquella confesión.

V

La Obra maestra del crimen apareció en la *Revista de Ambos Mundos*, y tuvo prodigioso buen éxito.

Puede formarse idea de él por los siguientes párrafos de los artículos de crítica que saludaron su aparición:

«Todo el mundo sabe que bajo el seudónimo de Oscar Lapissotte, de un capricho tal vez galo en demasía (1),

(1) Por el jocoso contraste entre lo romántico del nombre Oscar y lo indecente del apellido Lapissotte (la meadita).—(N. DEL T.

se esconde un autor que se complace en este género de disfraces, el señor D. Anatolio Desroses. Después de haber malgastado por mucho tiempo su talento en el periodismo insignificante, D. Anatolio Desroses acaba de darnos cumplida muestra de él. La narración está tomada de un drama procesal acaecido unos diez años ha en la calle de San Dionisio. Pero la imaginación del cuentista ha sabido transformar un vulgar asesinato en una obra cuya combinación es asombrosa. El mismo pobre Gaboriau no hubiera encontrado las complicaciones inventadas por don Anatolio Desroses. Daremos *La Obra maestra del crimen* en nuestro número doble del domingo próximo.»—(FELIPE GILLE.—*Figaro*.)

«Mientras hablo de la gallina con arroz, debo decir alguna cosa de la carne de gallina que me ha puesto *La Obra maestra del crimen*. En el análisis de los sentimientos hay su pizca de

metafísica, que para mí desluce un poco la fantasía verdaderamente extraordinaria del relato. ¿Pero hay algún libro sin defectos? La misma extravagancia de esos detalles sutiles es como una salsa agradable. Primod de la Reynière y Restif de la Bretonne tienen esa clase de oscuridades regocijantes. Anatolio Desroses pertenece á la misma familia. Como ellos, ha escrito un fárrago de cosas desconocidas, entre las cuales destácanse cincuenta páginas notabilísimas. Será el más célebre entre los *obvidados* y los *desdeñados* de nuestros tiempos.» (CARLOS MONSELET.—*Evénement*.)

«El autor de este cuento no es un lírico, tal como nosotros lo entendemos; pero tampoco es un realista. Su genio fantástico tiene las alas de la oda. Sin embargo, preciso es confesar que Anatolio Desroses se ha amamantado á los pechos de las Euménides, de las perras sanguinarias que ladran

tras la pista de Orestes, asesino de la gran Clytemnestra, más bien que á los de las Gracias, de seno hermoso. Mas, ¿qué importa el terreno, con tal de que en él se vean brotar los laureles?»— (TEODORO DE BANVILLE. — *National.*)

«¡No hay remordimientos! Así es el crimen de un ateo. Si por esas tinieblas cruzase un rayo de la fe cristiana, el Sr. Anatolio Desroses podría pasar por el Dante del infierno á la moderna. No es más que su Disderi. Pero eso es fotografía iluminada con colores. Hay toques. Escribe. Llega hasta á saber analizar. Tal vez sondee los riñones de su generación, que bien enfermos los tiene.»— (LUIS VEUILLOT. — *Univers.*)

«¡Obra maestra es, en efecto, esta *Obra maestra del crimen!* ¡Y no hay crimen como él! Porque esta pluma tiene fulgores de espada y corte de escalpelo. Da estocadas terribles á la serenidad del delito y lo disea como

en anatomía, aunque le haga una aureola de molinetes flamígeros. Se ve allí más claro, ¡eso es todo! Por supuesto, es la sulfúrea claridad que despide el ojo del Diablo; y también es el dedo del Diablo ese rabioso dedo de Anatolio Desroses, que desgarrar la túnica del crimen y muestra el corazón humano sin hoja de parra. Me gusta este Sr. Anatolio *de las Rosas*, quien debiera llamarse *de las Espinas* ó *de las Ortigas*. Me gusta como un vicio.»— (J. BARBEY D'AUREVILLY. — *Constitutionnel.*)

Sarcey dió en el bulevar de las Capuchinas una conferencia acerca de *La Obra maestra del crimen*. Hizo comparaciones con Hoffmann y Edgard Poe, dos frases sobre el arte dramático con motivo de las preparaciones psicológicas que conducían á las escenas de asesinato, una digresión sobre el género zarzuelero, otra sobre la Escuela normal, una tercera sobre la esencia

de la digresión, y, finalmente, llamó «un cuarto de genio» al autor, á la vez que le daba familiares palmaditas en la barriga.

En resumen: hubo un concierto de elogios, aparte de los indispensables graznidos de los envidiosos, de los necios, de los mojigatos y otros peces menudos del periodismo.

VI

Sin embargo, en todos los artículos, incluso en los más halagüeños, había dos cosas que irritaron mucho á Oscar Lapissotte.

La primera, ¡que se obstinaban en tomar su verdadero nombre por un seudónimo y en llamarle Anatolio Desroses!

La segunda, que se hablaba dema-

siado de su imaginación, y no se hacía resaltar bastante lo verosímil de su relato.

Estos dos *desiderata* le atormentaron hasta el punto de que olvidó toda la ventura de su gloria naciente. Los artistas son así: hasta cuando la crítica los acuesta sobre un lecho de rosas, sufren si alguna hoja hace el menor pliegue.

Por eso, cierto día, como un quídam felicitase al grande hombre que había escrito *La Obra maestra del crimen*, y le diera con el incensario en las narices á todo vuelo, el grande hombre le contestó á quemarropa:

—¡Eh, caballero, de otro modo me felicitaría V. si estuviese al tanto de las cosas. Mi novela no es un cuento, sino un sucedido. El crimen se cometió como lo he narrado. Y yo lo cometí. Firmo con mi verdadero nombre de Oscar Lapissotte.

Dijo esto friamente, con un gran

aspecto de convicción, recalando bien sus frases como quien quiere que le crean.

—¡Ah! ¡Delicioso! ¡Encantador!— exclamó su interlocutor.—La jocosidad es de un carácter lúgubre que tira de espaldas. Es género Baudelaire puro.

Y el día siguiente, todos los periódicos contaban la anécdota. Encontraron deliciosa la tentativa de mixtificación, por la cual Anatolio Desroses quería hacerse pasar por un asesino. Decididamente, era original y digno de ocupar á París.

Oscar Lapissotte se puso furioso. Al hacer aquella terrible confesión, había obrado maquinalmente en cierto modo. Ahora tenía verdadera necesidad de ser creído por alguien.

Renovó su confianza á todos los amigos á quienes halló en la calle. El primer día hizo mucha gracia. El segundo día parecióles monótona la farsa. El tercer día produjo aburrimiento.

Al cabo de la semana, concluyó por pasar por un majadero en toda la extensión de la palabra.

No sabía sostenerse á la altura de su reputación de grande hombre. Sus más fervientes partidarios hicieron chacota de él.

Este comienzo de caída le exasperó.

—¡Ah! ¡Es mucha cosa ésta!— dijo á los incrédulos en pleno café:—¿Conque nadie quiere creer lo que es la pura verdad? ¡Nadie quiere reconocer que, no sólo he escrito, sino ejecutado *La Obra maestra del crimen!* Pues bien; voy á descargar mi corazón. ¡Mañana sabrá todo París quién es Oscar Lapissotte!

VII

Fué en busca del juez de instrucción que había actuado en el proceso de la calle de San Dionisio.

—Señor—le dijo—vengo á entregar-me como preso. Soy Oscar Lapissotte.

—Caballero, no siga V. adelante—le respondió el juez con amabilidad.—He leído la novelita de V. y le felicito por ella. También conozco la excentricidad con que se divierte V. desde hace ocho días. Quizá cualquiera otro se ofendiese al ver que la burla de V. alcanza á la magistratura. Pero me gustan las letras, y no le recrimino porque ensaye V. conmigo también su ingeniosa farsa, puesto que eso me proporciona el gusto de conocerle.

—¡Eh, señor—dijo Oscar, impacien-

te con tales cortesias — no se trata de burlas! Le juro á V. que soy Oscar Lapissotte, que he cometido el crimen y voy á probárselo.

—Pues bien, caballero—repuso el magistrado—verá V. como soy de buen arreglo. Por lo curioso del caso, no tengo inconveniente en seguir la broma. Y hasta confesaré á V. que de antemano me regodeo en ver cómo un ingenio tan sutil cual el suyo podrá amañárselas para probarme lo absurdo.

—¿Lo absurdo? ¡Pero si lo que he narrado es la verdad absoluta! El cochero no fué culpable. Yo fui quien dispuse...

—Creo haber dicho á V., apreciable señor mío, que he leído su narración. Si le place volvérmela á contar V. mismo, tendré en ello sumo gusto. Pero eso no me probará nada más sino lo que ya tengo por bien probado, á saber: que tiene V. una imaginación asombrosamente fértil y extraña.

—No he tenido nunca ni pizca de imaginación, como no sea para cometer mi delito.

—No para cometer: para escribirlo, señor mío, para escribirlo. ¡Y permítame V. emitir con franqueza mi parecer sobre el asunto! Ha tenido V. excesiva imaginación, ha pasado de los límites trazados á la fantasía del escritor, ha inventado V. ciertas circunstancias que pecan contra la verosimilitud.

—Pero, ¿no le digo á V....?

—¡Permita, permítame V.! Me dispensará V. que me crea algo competente en materia de crímenes. Pues bien; le aseguro, con la mano en la conciencia, que el crimen de V. no está combinado con naturalidad. El encuentro con la criada en *la Pitie* es una cosa casual en demasía. El cloral (dispéñseme el juego de palabras) es durillo de digerir. Y por el estilo otros muchos detalles. Como obra de arte, el cuento de V. es hechicero, original,

bien urdido, lo que llaman Vds. interesantísimo; y admito que, como escritor, ha hecho V. perfectamente en disfrazar así la realidad. Pero su famoso crimen, en sí mismo, es imposible. Mi querido Sr. Desroses, harto deploro haber de causarle pena; pero si le admiro como literato, no puedo verdaderamente tomarle en serio como criminal.

—¡Ahora vas á verlo!—rugió Oscar Lapissotte, saltando al magistrado.

Tenía espuma en los labios, sangre en los ojos, y todo el cuerpo agitado por un acceso de ira. Hubiera estrangulado al juez si no hubiesen acudido á los gritos.

Apoderáronse de aquel furioso, le ataron é inmediatamente fué encerrado.

Cinco días después lo condujeron á Charenton, como loco.

«¡He aquí á dónde lleva la literatura!—dijo al siguiente día no recuerdo qué cronista de periódico.—Anatalio

Desroses ha hecho una vez, por casualidad, una cosa buena. Eso le ha trastornado de tal modo, que acabó por creer en lo real de su ficción. Es la añeja fábula de Pigmaleón enamorado de su estatua. El pobre Murger me decía una vez..., etc..., etc....»

VIII

Y lo más espantoso es que Oscar Lapissotte no estaba loco, sino en su cabal juicio y cada vez más atormentado por ello.

—De manera—pensaba—que tengo todas las desventuras. No quieren creer en mi nombre ni en mi crimen. Cuando haya muerto, pasará sencillamente por Anatolio Desroses, un *escribidor* que tuvo la suerte de estar en vena para escribir un solo cuento bonito; y se tomará por un protagonista de novela á

este Oscar Lapissotte, de carne y hueso como soy, el hombre de sangre fría, resuelto, de acción, el héroe de la ferocidad, la viva negación del remordimiento. ¡Oh, que me guillotinen, pero que se sepa la verdad! Aunque sólo sea un minuto, antes de poner el cuello en la media luna; aunque sólo sea un segundo, mientras caiga la cuchilla; aunque sólo sea lo que dura un relámpago, quiero tener la certidumbre de mi gloria y la visión de mi inmortalidad.

Trataban con duchas esta exaltación.

Al cabo, en fuerza de vivir con su idea fija y en compañía de los locos, volvióse loco también.

Y precisamente entonces le dieron de alta por curado.

Oscar Lapissotte había concluido por creer que, en efecto, era Anatolio Desroses y que nunca había asesinado.

Ha muerto convencido de haber *imaginado* su obra y de no haberla *escrito*.